

¡Eureka!

Arquímedes saltó de la bañera y corrió directamente a la calle incapaz de soportar la emoción.

La primera persona que se cruzó en su camino fue Apolonio, un antiguo compañero de clase que trabajaba ahora en el Banco Comercial de Alejandría.

—¡Eureka! —gritó Arquímedes— ¡Atiéndeme y escucha! Todo cuerpo sumergido en un fluido pierde tanto peso como el del fluido desalojado. ¡Me acabo de enterar!

Apolonio lo miró con seriedad.

—¡Opa! —comentó en griego—. Aunque preferiría saber cuánto pierden mis acciones de Salamina si las meto en Corinto.

Habló, hizo un ademán con la mano y se alejó.

—¡Estúpido animal! —jadeó el científico—. ¡Gentuzza despreciable! ¡Pero cómo va a saber este infeliz lo que esto significa! ¡La importancia de mi descubrimiento abre una nueva era en la historia de la Ciencia! Voy corriendo a decírselo a Lepidos, el presidente de la Academia de Ptolomeo.

El presidente dio la bienvenida a Arquímedes; escuchó su principio, asintió con los ojos entrecerrados y afirmó que era realmente interesante lo que decía, pero que ya se había hablado de algo similar —aunque no en esa forma— y enumeró luego los nombres de todos los académicos que habían estudiado esa cuestión. Prometió convocar un congreso en el que se debatiría el tema y que se le asignaría un lugar apropiado en la Enciclopedia de las Ciencias, aunque esto último requeriría cierto tiempo.

—Pero si quiere se lo puedo demostrar ahora mismo —dijo Arquímedes—. ¿Hay alguna bañera por aquí?

El presidente sonrió con desdén.

—No es necesario. A mí esas cosas infantiles de jugar con el agua con todo tipo de objetos no me interesan en absoluto. ¡A mí me interesa la Ciencia! Y además, no suelo bañarme muy a menudo.

Arquímedes abandonó la Academia abatido y en el camino se encontró

con Hexamos, el joven poeta que trabajaba en “Poesía”, la revista de crítica literaria futurista del momento. Le contó lo ocurrido quejándose y Hexamos se enfadó de verdad.

—¡Eres tan estúpido que se lo llevas a ellos, a los viejos carcas! ¿Crees que esa gentuza entiende lo Nuevo, lo Valiente, lo Pionero y al Caballero del Mañana y sus Ideas del Futuro? Dame ese chisme, ¡se lo llevaré yo mismo al editor!

—¿Qué debo darte?

—Pues ese poema del que tanto hablas...

—Por favor, no es un poema, es un... un descubrimiento... y aún no lo he ni redactado...

—Bueno, pues escríbelo por ahí y envíalo tú mismo.

Dicho esto, Hexamos se fue corriendo pero Arquímedes se quedó pensando. Plasmó su descubrimiento en una única oración y la envió a la revista, donde fue publicada con prontitud.

En el siguiente número apareció un entusiasta artículo de la pluma de Hexamos en el que éste se atribuía con modestia el mérito de haber descubierto al joven genio. A continuación pasaba a elogiar el *teorema*. Explicó que en su concisión y expresividad, el *Nuevo Poeta* había superado con creces a todos sus predecesores:

Especialmente con el segundo enunciado de la breve obra maestra, donde las palabras “... el peso del fluido...” resuenan maravillosamente y armonizan a la perfección con las de línea inicial: “... sumergido en un fluido...”. Si hay algo que se puede objetar es que el poeta se aferró a la vieja escuela de la rípiá consonante al emplear las palabras “fluido” y “sumergido”. Para un genio pionero como Arquímedes, que no difunde ideas obsoletas del Ayer sino que canta las palabras del Mañana, la forma libre hubiera sido más digna; algo así estaría mucho mejor: “Todo cuerpo sumergido gana cierto peso”.

Arquímedes leyó con asombro el hermoso elogio, se rascó la coronilla y fue en busca de Hexamos.

—Escucha —le dijo—, es muy interesante lo que escribiste sobre mí: eso de que soy un genio y tal y cual está muy bien... pero en cuanto al principio en sí mismo, creo que lo has malinterpretado ligeramente. Ya sabes... en primer lugar... en cuanto a que es una idea nueva y que es la música del futuro... pues bueno... es cierto que esto se me ocurrió a mí primero, pero... al fin y al cabo, no es que la cosa en sí nunca hubiera existido o sucedido, tal y como

tú has dicho, pues... siempre se han sumergido cuerpos en fluidos y siempre han perdido ese peso y ganado ese empuje... ocurre simplemente que hasta ahora eso no se sabía... y lo más importante es que ¡pierde! peso. Aunque tú insinúas lo contrario, yo jamás podría decir que ¡gana! peso... no tiene nada que ver con cuánto cuadre o deje de cuadrar con mis sentimientos...

Hexamos lo miró con desprecio.

—¿De qué me estás hablando, por favor? ¿Esta cosa ya existía?! ¿No la has inventado tú?!

—Disculpa Hexamos. No, no la he inventado yo. Tan solo la descubrí, pero se trata de eso en realidad. Y no se trata de mí, sino de que todo cuerpo sumergido en un fluido...

Hexamos saltó enojado:

—¡Por favor! ¡Déjame en paz con ese maldito cuerpo sumergido en un fluido!... Yo pensé que traías algo nuevo, algo que antes no existía... ¿Cómo podía saber yo que eso ya era así desde hace mucho tiempo... y que antes también perdía tanto peso...?! La he fastidiado, ¡metí la pata bien metida contigo eh! Por tu culpa me veré obligado a abandonar la revista. ¡Eres un maldito copión estafador!

Arquímedes salió corriendo de la editorial. Corrió hasta la cima de un acantilado y empezó a gritar a los transeúntes como un profeta medio loco.

—¡Escuchadme! ¡Todo cuerpo sumergido en un fluido pierde tanto peso como el peso del fluido que desaloja! ¡Observad!

Y se arrojó al mar.

Con este acto logró al fin llamar la atención y aunque él se ahogó, la gente empezó a interesarse por su principio.

Fue así como Arquímedes ganó peso entre los héroes de la Ciencia: sumergiéndose en el agua. Por tanto, en un sentido figurado, Hexamos —que se interesaba más en Arquímedes que en el cuerpo sumergido en el fluido— tenía razón.